

El ladrón perseguido

(Conclusión)



Más allá, el raspa-vieja, saca el pañuelo para limpiarse el sudor, y se le cae la pipa del bolsillo.



El pesquisante la levanta con agilidad. Cuajiquera hubiera dicho que había recogido puchos en su nínez.



Viendo un café, el raspa sediento penetra en él para tomar un vaso de ginebra aromatizada con unas gotas de agua.



El pesquisante, entretanto, que empieza a tener dudas, se pone el sobretodo al revés, unos anteojos negros y le da a su sombrero un puñetazo, sin piedad, como si fuera de otro.



Hecho un mendigo, se situó en una esquina, esperando a la vieja criminal.



Pronto apareció ésta, a la que pidió una limosna.